**ISRAEL MARTÍN**

Carmen miró de nuevo el cartón lleno de números en el que había algunas fichas desparramas, había vuelto a perder el hilo mientras aquel cuidador tan estirado no dejaba de gritar un número detrás de otro.

- El cinco, cinco. El doce, uno dos…

Miró a su alrededor y comprobó que no era la única que había pedido el interés en el juego, no tenía claro si era el segundo o tercer bingo de la tarde, en cualquier caso, ya no le interesaba a casi nadie, salvo a aquel viejo tan competitivo de pelo largo, no recordaba su nombre pero le pegaba llamarse Salvador, o Evaristo, algo por el estilo.

Algo más tarde, mientras veía la televisión en ei salón común, se le acercó aquella cuidadora tan encantadora que tenía esos ojazos tan impresionantes. No se lo había dicho nunca, pero era la mejor de toda la residencia, la más cariñosa y atenta, la única que parecía prestarle algo de atención cuando hablaba de sus cosas, sabía escuchar y lo hacía con esa sonrisa tan simpática, además le llamaba abuela, pero no de forma despectiva sino con mucha ternura, el resto de cuidadores les llamaban por sus nombre y resultaba tan impersonal, tan frío, Bueno, luego estaba aquella subdirectora que les llamaba a todos “cielo” o “cariño”, pero sonaba artificial, como si en verdad no recordara sus nombres.

La cuidadora de los ojos bonitos y dijo que le iba a dar un paseo, a priori a Carmen no le apetece mucho, fuera hacia aire y tira, pero se dejó hacer, sobre todo cuando la subió a un coche, de ella se fiaba, con Marta todo era agradable siempre.

- ¿Dónde me llevas, hija? – Le preguntó ya en el coche.

- No va a pasar la Nochebuena en la residencia, la llevo a un sitio mejor.

- Anda, ¿Qué hoy es Nochebuena?, hija no sé ni en que día vivo, creía que estábamos en los Santos todavía.

Marta rio y le estrechó la mano, Carmen sintió el calor sobre sus dedos, estaba tan desacostumbrada a las muestras de cariño que sintió un escalofrío.

- Eres tan buena conmigo.

Marta sonrió con algo de amargura.

Tras varios minutos de trayecto llegaron a un pueblo, a pesar de la oscuridad de la noche Carmen creyó reconocer la iglesia que los recibió radiante a la entrda de la villa. No sabía ubicarla con certeza, pero estaba convencida de que la conocía, pero estaba tan acostumbrada a meter la pata que no dijo nada, se lo guardó para sus adentros, ya no tenía la cabeza como antaño, se le olvidaban las cosas y otras directamente las mezclaba.

Un par de calles a la derecha y otro giro a la izquierda y la cuidadora aparcó el coche junto a la puerta de una casa con muros de piedra.

- Qué casa tan bonia –reconoció Carmen nada más bajarse del coche.

- Vayamos adentro que hace mucho frío.

Tras recorrer unos pocos metros de un pequeño jardín entraron en la casa, Marta le volvió a coger la mano lo que le tranquilizó algo a Carmen que se sentía algo nerviosa.

-¿Dónde me traes, hija? ¿No será ésta tu tu familia, que van a pensar de ti que traes a una vieja a la cena de Nochebuena?

Marta sonrió y le beso en la mejilla

El olor de la chimenea embriagó a Carmen, casi de inmediato dejó de sentirse como una extraña, todo allí le era familiar, no sabía explicar por qué, pero se sintió como en casa.

Su mente viajo mientras sus pies se mantuvieron quietos en el suelo, fue un viaje en el tiempo, poco a poco la casa se transformó ante ella, el presente y el pasado se fundieron en uno…

El olor del asado inundaba el salón comedor de su casa, triunfante sujetaba la fuente con ambas manos y la depositó sobre la mesa que presidía la estancia.

Juan, su marido, le pidió que se sentara a la mesa que ya era hora de que ella también cenara como los demás. Solo ella sabía que disfrutaba más con todos aquellos preparativos para que todo estuviera perfecto para su familia que con el hecho de cenar, ella no tenía hambre, el auténtico placer de noches como aquella era tenerles a todos allí, escucharlos hablar y reír, sus voces quedarían impregnadas para siempre en las paredes y le reconfortaría cuando llegaran tiempos peores, épocas de enfermedades incurables y frías soledades.

Se sentó y miró a todos y cada uno de sus tres hijos, Juan el mayor, Carlos el mediano y la pequeña María que tan traviesa fue siempre y que ahora con los veinte ya cumplidos era toda una mujercita.

También estaba Lola, la mujer de Juan, un encanto de chica y por supuesto su Juan, su marido su compañero, su vida, por aquel entonces aun no sabían lo del maldito cáncer, de haberlo sabido le habría prohibido fumar, le habría quitado todo el tabaco y lo habría quemado en la chimenea.

Precisamente cerca de la chimenea jugaba su primera nieta, apenas tres añitos, no pudo evitar levantarse y acercarse a ella.

- Hola abuelita –le dijo con su preciosa sonrisa.

- ¿Qué haces pequeña?

- Juga, ¿quieres jugar conmigo?

- claro, cielo –respondió la abuela al tiempo que pensaba que la niá había heredado los ojazos de su abuelo-. ¿A qué quieres que juguemos, Marta?

La niña se limitó a cogerle de la mano y a sonreírle.

-Te quiero abuelita.